

SI ME DICES QUE ME QUIERES

“Yo... yo nunca quise preguntarte, después de todo fue tanto tiempo de mentiras, tú me mentiste, yo te mentía. Qué te hubiera dicho si yo no lo sabía. Pero ahora después de tu última esquela entendí por qué mentías. Quizás, tal vez, no sé, si lo hubiera sabido todo hubiera sido diferente...si, diferente, o distinto, o al revés no sé...no lo sabía. Fue tanto tiempo de fingir que ya no te conocía. Te habías vuelto grosera, indiferente, fría. Ya no respondías mis cartas, mis visitas no recibías, ¿si yo lo hubiera sabido!... pero no lo sabía.”

Esa fue la última esquela que le envié. Jamás supe si la leyó o no, pues nunca recibí respuesta.

Nunca volví al pueblo por no saber de ella, tuve miedo de la verdad, de en otros brazos verla. Pasaron ya muchos años, creo unas cincuenta primaveras, vinieron las canas, las arrugas, yo ya no era aquel joven, ella... ella ya estaría vieja. No he querido pensar en ella, pero aun guardo su última esquela escrita en garabatos en una traza de papel que el chasque trajo a mi puerta: “no te quiero, no entiendes, quiero a otro, ¡no vuelvas!”

Dolieron más aquellas palabras les juro, que un puñal por la espalda en una pelea. Una lágrima rodó por mi mejilla y maldije a diestra y siniestra, cómo podría ser verdad aquello que decía “¡mentirosa... embustera!” gritaba mientras me ahogaba en el llanto profundo de mis miserias.

Quise correr a su casa me acuerdo, calcé mi gabardina, abrí la puerta y me di cuenta que todo sería en vano no podía obligarla a que me quisiera. Así me quedo la duda, desde cuándo y el otro quién era...pero me tragué mi dolor, el que quise ahogar en el bar bebiendo una ginebra.

Por qué no fui a preguntarle me decía un amigo en la cantina; y guarde silencio porque bien sabía que fue por orgullo y por despecho; no era de hombre llorar en aquel entonces, eso sí lo recuerdo.

Cuando volví a leer aquella nota pedí otra copa al cantinero, después me fui aquella madrugada en el primer tren del pueblo. Qué habrá sido de ella me preguntaba a veces en mis silencios, después de todo yo la amaba, no pude negarlo y cómo hacerlo, si habían pasado tantos años y yo no la olvidaba no pudo el olvido con el sentimiento.

Hoy, hoy al ocaso llegó un muchacho, un joven, un mozo, preguntó por mí, venía del pueblo.

Traía en su mano una vieja carta ya amarilla por el tiempo y solo reconocer la letra me dejó sin aliento.

Yo no podía creerlo y él me dijo en mi silencio: “encontré un sobre en la vieja casa, lo quería de recuerdo, pero mi abuelo reconoció su nombre me dijo que usted debía saber la verdad y me mandó a traerlo. El viejo sobre ya se ha roto pero dentro había esto.”

Tomé temblando la carta, la leí y rompí en llanto al hacerlo, ella me negó su amor, no por un amante... sino porque estaba muriendo. Yo me fui aquella madrugada... ella... ella murió aquel invierno, tenía cáncer lo sabía, pero a mí me negó saberlo.

Así leí en la vieja carta que temblaba entre mis dedos: “preferí mentirte, que te fueras, estoy sufriendo.

No quería que vieras como muero. Mi cuerpo... mi cuerpo ya no es el mismo, parezco un espectro; la muerte ronda en mi acecho, y yo no quiero que sufras por que no puedes hacerlo, evitar que yo me vaya, que el cáncer me lleve... porque ahora sabrás que muero.

Yo... yo no quiero una respuesta, y que vuelvas mucho menos, tengo miedo que regreses si te digo... que te quiero.”

Julio Manuel Pereyra

Se recomienda Voz en off pensamiento.... Lectura de esquelas.